

APOLO

AÑO IV

Número 27



☞ MONTEVIDEO ☞

☞ MAYO DE 1909 ☞

OMEGA

FABRICA NACIONAL - - -
- - DE BALDOSAS Y MOSAICOS

DE

DIRECTOR TÉCNICO

SATURNO MUNOZ -- FERNANDO FERNANDEZ

621 * AGRACIADA * 621

NOTA — La marca OMEGA es inmejorable y sin competencia, por ser el material que se emplea de primer orden

Visítese el establecimiento + Teléf. "Montevideo" 366, Paso del Molino

IMPRENTA Y **LA RURAL**
TIPOGRAFÍA-

DE

EDUARDO RAMOS

Calle Florida números 84 y 92a



Impresiones de todas clases: diarios, periódicos, revistas, folletos, memorándums, carnets, notas, recibos, programas, tarjetas, talonarios, etc.



Teléf. La Uruguaya, 369 (Central)
MONTEVIDEO

**Talleres de -
Fotografía y -
Fotograbados**

DE

FILLAT Y C.^a

**CALLE
CONVENCIÓN, 152**

(ALTOS)

Entre 18 de Julio y Colonia

**TELÉFONO:
COOPERATIVA, 719**

Instalaciones eléctricas

DE

Piñeyrúa y C.^a

que emplearemos serán de la mejor calidad, y como contamos con un personal técnico de reconocida competencia, podemos garantizar la bondad de nuestros trabajos.

Instalaciones particulares é industriales

PIÑEYRÚA Y C.^a

Teléfono: «La Uruguaya», 515—(Central)

Tenemos el agrado de poner en conocimiento del público que hemos establecido una casa para instalaciones eléctricas, en la calle Uruguay 182A. Los materiales



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Mayo de 1909

62580

N.º 27

Las Elegías del Labrador

Elegía quinta

*Solo, sin esperanzas,
se lamenta en el bosque...*

Río que pasas llorando,
río del acento blando,
si ella no se mira en tí,
¿para qué te quiero, dí,
río que pasas llorando?...

Flor azul de la ribera,
si yo ansiaba que algún día
en su corpiño te viera,
¿de qué sirves, hechicera,
si para *ella* te quería,
flor azul de la ribera?...

Paloma de pardas alas,
que entre las plumas del nido
tus quejas de amor exhalas,
echa tu canto al olvido...
¡Que ya no escucha su oído,
paloma de pardas alas!

¿Para qué alumbras el monte,
luz que en el éter destellas,
si solo está el horizonte?...
si no he de buscar sus huellas,
¿para qué alumbras el monte?...



Como rezando por mí,
en las montañas desiertas
volar los vientos oí;
y un susurro de hojas muertas,
como rezando por mí!...

SANTIAGO ARGÜELLO.

La virgen muerta

Para AFOLO.

A la señora Elisa L. de Bertani, afectuosamente.

La conocí hace dos inviernos en la Librería Nueva. Era asidua parroquiana, y tuviese verdadero amor por la literatura ó le sirviera simplemente de vanidoso y amable refugio espiritual, casi todas las mañanas aparecía en el despacho á buscar las últimas novedades. Solterona con palmas de martirio, no podría asegurar con exactitud la edad que tendría. Cuarenta me dijeron más tarde, pero vuelvo á repetirlo, no me atrevo á asegurarlo. Alta, enjuta, desgarbada, pasaba por ese nebuloso estado medio de la vida en que perdida la dulzura de las formas y la flor de la carne, se pierde la gracia del gesto y la ligera feminidad del sexo. A veces cuando me atrevía á examinarla, me recordaba á una reina María Cristina más joven, más flaca y más fea. Fea lo era la pobre por donde se la mirase. Sólo le hubiera faltado ser corcovada y patizamba. Y esto no lo digo buscando ofender su memoria, pues hoy la recuerdo con verdadero cariño, como se puede recordar á un pariente amado y muerto. Era la única hija de una familia conocida, que había tenido la desgracia de marchitarse virgen, sin caricias ni besos de varón. Los hombres habían pasado por delante de su vida sin detenerse, sus castillos de ilusión no tenían ventanas de luz, su deseo de amar agonizó, siempre crucificado en la soledad de sus brazos abiertos. ¡Pobre Jacoba! Sin embargo, supe que tuviste tus encantados ensueños, tu ronda de quimeras, la visión obsesora de unos ojos que no te miraron nunca!

La conocí hace dos inviernos, en una triste mañana de Junio, mañana de sol sin ardores, mañanas viejas de la vejez del año, en que el oro de la luz parece llorar una pena. La señora Eloísa, amable protectora de todas las «promesas literarias», como aún nos llaman bondadosamente, nos presentó. Con esa ingenua naturalidad que sólo sabe fingir la mujer, ambas hicieron como si jamás en la vida hubieran hablado de mí. Y sin embargo, juro por la salud de María Santísima, que tenían combinado aquel encuentro. Hablando de libros y escritores se habían conocido. Era imposible, pues, que en seis meses de amistad alguna vez no fuera tema esta «promesa», cuando mía era la obra y el comentario de la última producción. Jacoba me hizo el elogio consabido. Me auguró éxitos. Yo me excusé, modesto ó envanecido. La señora Eloísa ayudó á las loas y ayudó á confundirme. Cambié de conversación y conseguí al fin que se me olvidara. Hablamos de medio mundo literario. La nueva amiga me pedía opiniones, y fuera porque estábamos de acuerdo ó por no desagradar la primera vez, canté el ditirambo á ese medio mundo. Sentía predilección por Victor Hugo y Blasco Ibáñez, por Jorge Isaac y Felipe Trigo, Románticos, naturalistas, sentimentales. Toda una extraña comunión de espíritus literarios, para cada uno de los cuales, su alma que había transcurrido por todos esos estados, tenía un altar y una hora de oficio devoto. Su último favorito era Felipe Trigo. Sentía aquella pobre alma torturada por todas las sedes del deseo, un ansia loca de beber el agua fuerte, oliente á carnes de varón, cálida de besos y espasmódica, de aquel fecundo novelador español que florecía en Madrid entre el escándalo y la admiración de los honestos escritores moralistas. ¿Por qué aquella ansia continuada, especie de fiebre sin calma? «La Altísima», «Las Ingenuas», «La sed de amar» «Alma en

los labios», en fin, todas las obras del maestro, una detrás de otra, las había ido á recoger á la librería apenas llegaba el correo. Doncella marchita para el amor de la carne, ¿se desposaba acaso en las nupcias de una segunda vida, entregándose desenfrenadamente en su orfandad de másculas caricias, á la sensualidad espiritual de un hombre, ardiendo en el lecho abierto de un libro? ¿Podría acaso ser su amante disfrutado aunque intangido, así como un espíritu santo de la virginidad en deseo? No quiero asegurarlo. Misterios tiene cada forma viva, que no penetrará jamás el examen ajeno.

Aquella primera comunión de ideas, de opiniones y de gustos, nos ató insensiblemente en una serena simpatía, afecto de afinidad más claro y más perdurable que el amor de los idilios. La casualidad me hizo encontrarla después casi todas las mañanas. Indolentemente recostados en el mostrador de la librería, discurríamos largo rato, charlábamos casi siempre de lo mismo: de gente de letras, de libros, de tramas novelescas. A veces se hablaba de mujeres. A veces de amor. A veces de mí. Nunca por entonces oí á Jacoba decir algo de su vida, de sus ambiciones, de sus quimeras. ¿Era modestia, era vergüenza, era reserva? No lo sé. Yo tampoco se lo hubiera preguntado, por no caer, dentro del discurso sin examen de una opinión, en la agresividad de una ofensa. Por la señora Eloísa que tomaba parte con frecuencia en nuestras pláticas, supe que nacida y envejecida en un ambiente extremadamente católico, solterona ya y cansada de esperar buenvventura, harta de tanta frialdad casta y monótona, había concluido por huir del fervor, de los ritos y hasta de la moral de treinta años de santa familia, para ir á aturdirse mariposeando en las maravillas desconocidas del libro que no se puede leer por realista ó avanzado, del amigo que no se puede tener por incrédulo ó plebeyo, de las bellezas que no se pueden ver porque están desnudas. En su biblioteca guardaba con preferencias de niños mimados, todas las obras de los escritores noveles, revolucionarios y audaces en su mayoría. Era nuestra buena aya protectora, que en la devoción de su cariño, hasta nos había quitado las pobres ropitas de las carátulas, para vestirnos con el bello traje perfumado y aristocrático de un cuero de Rusia estampado en oro. Sin embargo, no obstante su renunciamiento á la «cristiana» vida del hogar, Jacoba, falta de nuevo dios sustituto, de seguridad en la conversión, ó mística por temperamento, asistía, escondiéndose de nuestro cenáculo alegremente hereje, á los oficios de la iglesia mayor y á las solemnidades santísimas del año. Y después de atemperarse el alma con Dios, venía á pecar espiritualmente con nosotros, demonios amables que teníamos por infierno el más bullicioso de los paraísos.

Una mañana hablábamos de amor y de mujeres. Romántico y lleno de generosas intensidades sentimentales, expuse en una disertación ascendente y cálida, ascendente hacia el discurso de fuego, todo lo que cada uno de nosotros los encantados por la ilusión y la esperanza, lleva encendido en los más recónditos santuarios del corazón y del pensamiento. Los hombres eran vulgares y viciosos. Las mujeres interesadas y tornadizas. Las almas habían perdido su pródiga grandeza. El corazón el imperio del universo y la virtud de su divina locura. El amor era la visión engañosa de un momento y no el ensueño finalizado en la muerte. No se conocía el cariño, no se conocía la piedad, el bien, la dulzura de lo bueno y de lo bello. Nada, nada existía. Todo había perecido. Todo yacía en una miserable degradación, en el eterno afán del toma y daca. Y precipitado así en el cauce vertiginoso de la abominadora protesta, terminé llorando verbalmente por las novias olvidadas, por las ilusiones truncas, por

las derrotas del espíritu y los triunfos del dinero. Nostálgicas y redentoras fueron aquellas mis lágrimas, caídas amargamente sobre tanta ruina...

Cuando terminé mi gemebunda elegía por lo muerto y por lo que no ha vivido, Jacoba, la buena Jacoba, á quien yo no miraba porque era fea y tenía cuarenta años, estaba vibrando, casi hecha una flor de carne, rosa de invierno loca, con veinte años menos y una esperanza más. Por una extraña metempsícosis, algo de la juventud fresca y fogosa de mi alma, había emigrado hacia la suya en las palpitaciones invisibles de las palabras. Su alma moribunda tocada por el ardor de mis quimeras, resucitaba en la evocación milagrosa de lejanos ideales y melancólicos recuerdos.

Desde aquel día presentí que la solterona me amaba. Y este presentimiento me inquietó. ¿Era posible que aquella virgen eterna, escuálida y marchita, que no tenía belleza ni en el blanco de los ojos, pudiera pretender el auxilio extremo de una pasión correspondida? Pensándolo mucho, concluí por tranquilizarme. La magra señorita de cuarenta otoños, pasaba quizá por el último veranillo del amor, sufría el calor fugaz de la última ilusión.

Transcurrieron las semanas. El invierno se prolongaba sin fin, en esa cruel tristeza de los días sin sol y sin luz, bajo el azote implacable de las tormentas y los vientos helados. Buscando calor, sol de hogar ó en otros términos, dulces compañías donde regocijar un poco el espíritu, yo, como muchos, seguí frecuentando el pequeño despacho de la librería, hospitalario rincón ú oasis de tanta «promesa» trashumante. Jacoba también seguía yendo, mañana á mañana, no absolutamente por la misma necesidad, estoy seguro, sino con un «mal» propósito, tendiendo arteramente una traición. Iba á verme, y lo que es peor á tentarme. Me parece mirarla aún entrar por la pequeña puerta del despacho, con su manguito de piel, su paragua de niño y aquella cara de pergamino sonriendo siempre bajo el tul moteado del sombrero, que le llenaba el rostro de puntos y de sombras. Caminaba balanceándose, despaciosa, con cierta coquetería. Y con cierta coquetería indolente y amorosa me daba la mano, mano pequeña y enguantada, mano amable de mujer sino hubiera sido de Jacoba, aquella Jacoba infeliz, olvidada por la belleza y por los hombres. Hablábamos, como siempre, de muchas cosas, y á veces nos deslizábamos sin querer en el eterno tema, el amor. Jacoba entonces con su voz más mimosa y su intención más dulce, como para no dañar, «hacía» su opinión, su manera de ver, deslizando con sutilezas de mujer en el fondo de todo el discurso, alevosas ofertas de amor, insinuantes paraísos que solo esperaban una palabra para abrirse. Jacoba era heredera rica y según me dijeron, tenía una fortuna á disposición de sus caprichos. Una mañana, apenas me quejé, creo que por centésima vez, de que yo nunca podría ir á Europa, me hizo una propuesta casi tan clara como un contrato de matrimonio. Yo dejé correr la intención, equivoqué á propósito el sentido, y haciéndome el tonto respondí con generalidades, frases sueltas llenas de pesimismo vago, dando manotones como si las estuviera colgando en el aire. Apenas se fué, la señora Eloísa, como si nos hubiera adivinado, me dijo:

—¿Por qué no se casa con Jacoba?

—¿Yo?

—Sí. Usted.

—¡Pero si es horriblemente fea!

—No, no es tanto. Fíjese bien. Es muy simpática y muy buena.

—¡Pero si es toda, toda fea!

Y como para medir mis escrúpulos ó hacerme enojar, continuó:

—Y por otra parte ¿á usted qué le importa? Tiene en cambio tanta plata!

Pensé un momento en todo aquello, me imaginé la posibilidad del matrimonio, el matrimonio mismo, y después de examinar en rápido recuerdo la figura desastrosa de aquella dama antigua, algo así como un asco de cosa fúnebre, como un repugnante espeluznamiento me recorrió desde los pies á la cabeza. ¡Yo sujetó para toda la vida á aquel cuerpo viejo y desvencijado, á aquel fantasma de mujer con expresión de esqueleto, yo besando aquella boca viscosa y fofa sobre las hileras carcomidas de los dientes, yo sufriendo noche á noche la compañía desesperante del lecho común! La horrible visión me hizo temblar en un ímpetu de cólera homicida. Era necesario defenderme del peligro. Era necesario alejar la pesadilla. ¿Cómo? Huyendo.

Dejé de ir muchas mañanas á la librería. Sólo de tarde en tarde volví algunas veces, obligado por necesidades perentorias. Confiaba en que Jacoba olvidaría con mi desamor y mi ausencia. Pero no. La implacable continuaba cada vez más empechinada, y apenas entraba yo, su escuálida silueta aparecía por la puerta, despacirosa, meciéndose, dulcemente sonriente. ¿Era que me estaba esperando? ¿Era que me espiaba? No lo sé. Era diabólica aquella mujer. Metido en ocasiones en el fondo, entre un corrillo de «promesas» amigas, eludía el encuentro y la saludaba de lejos. Y mientras nosotros, bajo la tutela paternal de los estantes repletos de maestros, criticábamos ó hacíamos frases bonitas—á pesar del severo cartelillo «La tertulia perjudica»—la porfiada solterona se pasaba las horas esperando, esperando, de bruces en el mostrador, dolorosamente intranquila y celosa, como una cervatilla que reclamara á su dueño. Celos tuvo también una mañana que al entrar me halló conversando con una amiga. Aquellos veinte años rubios y alegres riendo vida y luz por toda su jocunda personita, excitaron tanto sus nervios y su amor senil, que si mis veinte años amigos no se van casualmente, les araña y les pega. Me preguntó enseguida quién era, si hacía tiempo que la conocía, y que no la creía ni bonita, ni seria, ni digna de mí. Desacreditándola me retó como á un chico. Aterrorizado por aquellas persecuciones, cada vez que necesitaba ir á la casa de libros, escudriñaba previamente por la vidriera del escaparate. Si estaba, huía despavorido. Cuántas veces, ¡oh tú, fantasma enamorado de mi humilde persona que nada te hizo, alma errabunda que vagas ahora por los campos eliseos de las vírgenes mártires, cuántas veces me has llenado de amargura las horas y me has echado á perder el regocijo de mis fiestas espirituales! Hoy, separado de tí «per in eternum», no te guardo rencor y te perdono, y hasta evocando agradecido todo lo que alentaste por mí —tu último ensueño de amor—te envío desde la vida, en el reposo infinito donde te halles, mi más dulce recuerdo, mi piedad más indulgente, casi arrepentido, (no lo aseguro en absoluto), de haberte martirizado tanto con mi indiferencia.

Con Agosto se fueron los frios, y los nuevos retoños y las nuevas flores de Septiembre me hicieron olvidar las mortificaciones de aquella pasión desventurada. Remozado por la gaya juventud de la primavera, en mi alma se ahogaron todos los rencores, y un sentimiento de generosa compasión disculpó las agresivas ambiciones de aquella ruina sentimental. Ya no pensaba en ella, cuando un día, después de una larga ausencia, nos encontramos de nuevo. Me alargó tristemente su manecita enguantada, y abandonándola en la mía, me dijo mirándome en los ojos:

—Estuve enferma. Me siento morir, González. Es posible que no llegue al otoño, quizá antes, cuando se vayan las flores. ¿Se acordará de mí?

—No diga eso, Jacoba. Usted está llena de salud y aún ha de vivir mucho, más que yo. Váyase al campo.

—Sí, al campo... santo!, y sonrió sin ganas su gracia.

En efecto, Jacoba parecía morir. Consumida por las fiebres, los ojillos le bailaban en el fondo de las órbitas, bajo la sombra fúnebre del velo ceñido á la cara. Y para hacerle olvidar su resignado pesimismo, comencé á hablar de obras nuevas, de nuevas lecturas, de autores amigos, y sin que supiera cómo, concluí ponderando la dicha de vivir, la grandeza del amor, la fuerza de la fe y la inmortalidad de la esperanza. Cuando me volví hacia Jacoba, yo que tenía la honradez de no mirarla al hablar, estaba como rediviva. Mi espíritu continuaba siendo su alimento y su milagro. E inesperadamente, se acercó á un estante, tomó un libro, lo abrió en una página conocida, y me preguntó con vehemencia:

—¿Conoce usted «Un corazón bajo una piedra»? Y sin esperar respuesta se acercó á mi lado, y leyó encantando la voz:

«La reducción del universo á un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios; esto es el amor.

«El amor es la salutación de los ángeles á los astros.

«¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor!

«¡Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena el mundo!

«¡Oh! ¿Cuán verdadero es que el ser amado se convierte en Dios! Se comprendería que Dios tuviese celos si el Padre de todo no hubiese hecho evidentemente la creación para el alma, y el alma para el amor...»

Durante diez minutos escuché pensando en otra cosa, los versículos sonoros de aquel evangelio del amor, soñado por la virtud exaltada de un poeta, y rezado por los implorantes labios de una mujer. Algunas palabras quedaban vibrando en mis oídos: Universo, Dios, Eternidad, Infinito, la Vida, el Amor, la Muerte... Jacoba me volvía á contar su porfiada pasión, me lloraba una vez más aquel delirio insoportable que le vencía las últimas fuerzas y las últimas esperanzas. Cuando terminó la lectura, rendida y suspirante, le hice el elogio del maestro, del metal de su voz y de la inteligencia en la distribución de los matices... Sacudió la cabeza, y mirándome, puso en las pupilas toda la amargura de su alma en un reproche. Yo no la comprendía...

Días después me pidió el retrato. Deseaba, me dijo, tener una galería de escritores jóvenes, un autógrafo de todas aquellas pequeñas águilas que iban á la Librería Nueva al caer de la tarde, á hacer montañas de proyectos, con las que un día habrían de medir la altura de sus vuelos. Pasaron las semanas sin acordarme del retrato. Jacoba en cambio iba todos los días á buscarlo. Concluida al fin la señora Eloisa, intercedió. A la mañana siguiente puse en sus manos mi egregia estampa con esta dedicatoria: «A la distinguida é inteligente señorita Jacoba G., como testimonio de simpatía». Era imposible ponerle otra cosa, ni menos galante ni más ditirámica. Más tarde supe que mi fidelísimo amor de cuarenta otoños invernales, no tenía otra galería de escritores que mi retrato...

Desde entonces, no hablé más con Jacoba. Vino el verano y con el verano terminaron las tertulias, para satisfacción del inofensivo cartelillo, que continuaba en lo alto diciendo á los parroquianos de tránsito: «La tertulia perjudica», «La tertulia perjudica».

Resueltamente fugitivo, cansado de tanta porfía amorosa, pasaba por la librería sin entrar. Miraba para adentro á través de la vidriera, y por estar ó por temerla, continuaba mi camino dando gracias á la suerte de mi suerte.

Las últimas veces que la ví, fué en la calle. Siempre suave en el andar, siempre magra, escueta, misteriosa bajo aquella redecilla negra ceñida á la cara. Y como si supiera que ya no nos encontraríamos más en la vida, buscando un pretexto cualquiera, un tranvía ó un escaparate, se detenía á mirarme pasar, suave, serena, acariciándome con los ojos tristes...

Un mes después supe que se había muerto enferma del corazón. Y entonces pensé con remordimiento, por qué no tuve el valor de hacerle creer que yo también la amaba, por qué la dejé morir sin la caridad de mi cariño, ella que no pudo hallar en la vida quien quisiera el amor de su corazón y quien deseara sus intocadas purezas de virgen...

Quando uma virgem morre, uma estrela apparece,

Nova, no velho engaste azul do firmamento:

E a alma da que morreu, de momento em momento,

Na luz da que nasceu palpita e resplandece.

Namorados, que andaes com a bocca transbordando

De beijos, perturbando o campo socegado

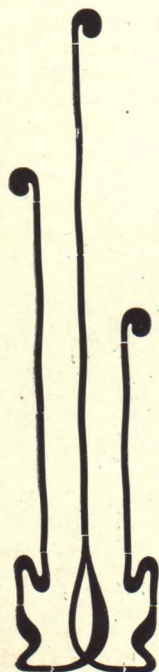
E o casto coração das flores inflammando,

—Piedade! ellas vêm tudo entre as moitas escuras...

Piedade! esse impudor offende o olhar gelado

Das que viveram sós, das que morreram puras!

MANUEL MEDINA BETANCORT.



JEAN JAURÉS

De Adriano M. Aguiar

Para APOLO.

Cuadro Watteau

A Manuel Pérez y Curis.

Amplísimo batón «chiné» con rosas,
En forma de magnífica hopalanda,
La blanca carne, palpitante y blanda,
Trasluce, de sus curvas voluptuosas.

Del cambray tras las gasas vaporosas
Se adivina, riquísima, la Holanda
De su fina camisa, cuya randa
Besa un seno de pomas olorosas.

En el hondo misterio de su estancia,
Como un avaro que contempla su oro,
Contemplo de sus gracias el tesoro,

Aspiro de su aliento la fragancia
Y en mi boca la suya amor escancia
Con largo beso de arrullar sonoro.

Loetitia in umbra

A Ovidio Fernández Ríos.

Odalisca de harem que me enamora,
La hora de su cita es la que aguardo
Para aspirar la esencia embriagadora
De su carne, olorosa como nardo.

De sus ojos la llama abrasadora
Me enardece, punzante como un dardo,
Y á su cuerpo de Diosa triunfadora
Le rinde parias mi laúd de bardo.

De la noche en la sombra misteriosa,
En el muelle diván color de rosa
Le brindo mis caricias, mis excesos ;

Y turbando el silencio de la alcoba
En nuestras bocas, que el placer arroba,
Estallan, resonantes, nuestros besos.

Adriano M. AGUIAR.

Notas de un impresionista

Para APOLO.

Estos árboles que á la hora del crepúsculo suelen hablar confidencialmente con la luz que se va, aquíétanse fragantes y dorados bajo el sol radioso de medio día para sombrear una estatua del Silencio. ¡Divino Silencio! lleva el índice á los labios, mira al horizonte y ha levantado ligeramente una mano sensitiva para suplicar la quietud. Escritos con lápiz hay en el pedestal unos versos porque, en días mejores, la consoladora que venía conmigo á este lugar los escribió; para ella los había dicho un querido poeta:

Sois silencieuse; écoute! écoute!
Une flûte prélude au fond du bois.
Je rêve des formes sur la route
Faisant revivre l'autrefois.

En el frondaje caluroso descansan los pájaros mientras llega la hora del concierto, un hilo de agua se desliza por entre la hierba para no ser visto, va al estanque mudo en cuyo fondo están el azul y las nubes; pasa frente á mí una comunidad de diminutas hormigas, un guarismo interminable, porque cada una parece un 3, como decía Renard; las hojas amarillas que se atreven á caer, caen discretamente sobre la grama. Junto al pedestal hay un banco solitario, allí la ausencia de la consoladora. Al acercarme imagino que voy á encontrar sobre él un libro entre cuyas páginas hay una brizna de hierba. Todo en la hora solemne se dulcifica y espera bajo la mano adorable del Silencio

El alma del querido poeta que oía sonar la flauta en el fondo del bosque, me hizo la más agradable invitación para unas horas de sol y de paz, con ella he venido á gustar su poema, compuesto en alabanza de una sonrisa que se desvaneció para siempre.

Hay en las cariñosas páginas una tristeza prematura, causada por el sol de la estación próxima, por el aroma futuro de las florestas: pasará el tiempo y ondearán los mismos trigales, se abrirán las mismas flores para morir en seguida, una misma será la fragancia de las llanuras que reverdecen todos los años...; y ha desaparecido para siempre la inefable sonrisa!

Contienen las delicadas páginas una oración—dicha cuando los campos van á dormirse— por el alma de las rosas que fueron, por una tarde rubia que se murió de tristeza, por todas las gracias fugitivas, por cada sueño sutil que se desvaneció sin haberse concluido; forman las palabras una mística sarta de perlas en memoria de la sonrisa que no ha de volver.

Estaban las campanas entonando suavemente su coro, y los árboles del huerto claustral escuchando muy quietos aquellas vo-

ces que se iban por el aire violeta de la tarde. Vino ella por entre un frondaje lleno de rosas que florecen cariñosamente para los altares; sus manos eran primorosas y sus divinos ojos esquivaban confesar tantos goces que había disfrutado soñando; vino por entre las rosas aquella primera vez para ofrecer en sus labios la sonrisa de una simpatía pronta á declararse...

Algo hay en este poema que sin estar expresado formalmente seduce y encanta; lo que para mí tiene de más precioso, no es

aquello que el alma sencilla del poeta me ha querido decir sino todo lo que ha sabido callarme. Ha venido á mí con toda su eficacia la melancolía de las cosas fugitivas, así de las páginas que conmemoran una sonrisa de la divina Hermana, como de cierto paisaje con alameda sinuosa, cuyo rodeo acabó la fantasía para quedarse por muchas horas habitando en esa querida soledad.

Pienso en el amable poeta, restauro cuidadosamente los versos escritos aquí en mejores días, y proyecto mi cántico á la consoladora que se ausentó. Ha de ser-me digo-esa misma lamentación que mil gotas de agua, cayendo sobre el jaspe, saben entonar en memoria del fontanar lejano.

Un pájaro ha venido á posarse sobre la delicada mano de mármol que suplica la quietud, ha cantado virtuosamente, y las notas han caído en el silencio como diamantes...

Hay una pausa: es el espíritu del preludio.

Entre los árboles esbeltos empieza un admirable concierto para festejar á la tarde que llega; y el campo se calla... porque jamás había escuchado semejantes canciones...

Serenidad

Para APOLO.

El alma de la tarde ha sugerido
Una canción lejana y campesina
Como para llorar lo que se ha ido.
Hay un adiós de rosa en la colina.

Suaviza los recuerdos el sonido
Del Angelus rural á la sordina;
Un cámbulo se aduerme florecido
A la vera del agua cristalina.

El alma de la tarde se va... lento
Deja en la oscuridad terciopelada
Un rumor de románticas querellas.

Y en la serenidad del firmamento
Con la pálida luz de su mirada
Enciende una por una las estrellas.

ALBERTO SÁNCHEZ.

Bogotá.

ALBERTO SÁNCHEZ

Bogotá

Las alas

Para APOLO.

Yo tenía ...

dos alas!...

Dos alas,
Que del Azur vivían como dos siderales
Raíces!...
Dos alas,
Con todos los milagros de la vida, la Muerte
Y la Ilusión. Dos alas,
Fulmíneas
Como el velamen de una estrella en fuga;
Dos alas,
Vivas y sensitivas como dos corazones;
Dos alas,
Como dos firmamentos
Con tormentas, con calmas y con astros...

¿Te acuerdas de la gloria de mis alas?...
El áureo campaneo
Del ritmo; el inefable
Matiz atesorando
El Iris todo, mas un Iris nuevo,
Ofuscante y divino,
Que adoraran las plenas pupilas del Futuro
(Las pupilas maduras á toda luz!...) el vuelo...
El vuelo eterno, devorante y único,
Que largo tiempo atormentó los cielos,
Despertó soles, bólicos, tormentas,
Abrillantó los rayos y los astros;
Y la amplitud: tenían
Calor y sombra para todo el Mundo,
Y hasta incubar un *mas allá* pudieron.

Un día, raramente
Desmayada á la tierra,
Yo me adormí en las felpas profundas de este bosque...
Soñé divinas cosas!...
Una sonrisa tuya me despertó, paréceme...
Y no siento mis alas!...
Mis alas?...

Yo las ví deshacerse entre mis brazos...
;Era como un deshielo!

DELMIRA AGUSTINI.

José Oxilia



EMINENTE TENOR URUGUAYO.



El ruiseñor de América

A José Oxilia.

Era una vez un ruiseñor. Su canto
En el mundo no tuvo parecido.

Nació entre los boscajes de una selva.
De las vírgenes tierras de los indios.
Su canto era de gloria. La divina
Musicalización del dulce ritmo
Estremecía las almas. ¡Era un canto
Que los hombres jamás habían oído!
Su canto era la voz de un harpa extraña;
Del oro y del cristal era el sonido;
¡Era el alma de América cantando
Todas las glorias de sus cuatros Siglos!
Eran los Andes que temblaban. Eran
Los leones altivos,
Que rugían en medio de la Pampa,
En una noche de tristeza y frío.
Eran las negras águilas
Que en sus peregrinajes atrevidos
Saludaban al sol del nuevo mundo
Que en su ocaso fingía un abanico
Era toda la Flora reventando
En colores, perfumes, luces, brillo.
Era el río Amazonas desbordándose
Para besar al Plata en su retiro;
Zapicán y Atahualpa
Que mezclaban de lejos sus suspiros
Era el abrazo enorme de las almas
Titanes del Atlántico y Pacífico!
Era la extraña conjunción de voces,
De sonidos, de ecos y de himnos,
De cosas que habían sido, de recuerdos,
Tradiciones, leyendas, viejos mitos
De los templos sagrados de los incas
Ya desaparecidos;
De las adoraciones á los astros,
Del último Charrúa el alarido...
Era en fin... ¡La epopeya americana
Convertida en un ritmo!
Tal era así la fuerza de su canto,
Había en él la pureza y lo divino.
Y encarnaron sus mágicos arpegios
La melodía del concierto indio.
Pero un día, la selva
Sollozó de dolor y su gemido
Repercutió por todos los confines
Del nuevo continente. ¿Qué motivos
Originaron sus tristezas? Era
Que el mago ruiñón había partido
A la tierra de los Conquistadores
Guiado por la luz de su destino.
Y la Gloria lloró. La buena Gloria,
La santa enamorada de su hijo
Pidió á los Dioses su clemencia augusta

Para que le alumbraran el camino,
Para que sahumaran su pasaje
Con incienso y con mirra del Olimpo,
Y la Fama cubriera de laureles
La cabeza magnífica del Divo.
Y la Gloria triunfó. Europa, un día
Escuchó con asombro y con delirio
La mágica canción que le ofrendara
Aquel maravilloso peregrino.
Y dióle un beso y quiso majestuosa
En la solemnidad de su bautismo
Que los reyes con todas sus coronas
Una corona hicieran para el indio !
Y desde entonces se amparó en su seno :
Aquello fué su paz y fué su asilo.
¡ Mientras que en el terruño de su alma
Primero adoración y luego olvido !

¡ Triste está el ruiseñor ! Dejad que lllore !
Quizás vuelva otra vez al viejo nido
Que dejó entre el bosque de una selva
De las vírgenes tierras de los indios !

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.



Interrogations

Para Apolo.

A Federico Díaz Abella, fraternalmente.

La Vida, ¿ es un jardín de primavera,
Bajo un cielo radioso ?
¿ O es acaso el ensueño de las nubes
Y de los astros de oro ?

¿ Su frente es el celaje que seduce
En un cielo del Bósforo
O el pétalo de lirio que se queja
En un pálido otoño ?

¿ Son sus ojos dos lagos adormidos
Cual con visiones de opio,
O dos gemas que brillan como estrellas
En suelo cenagoso ?

¿ Son sus labios el cántaro que calma
La sed de ideal remoto,
O la herida que aumenta al sufrimiento
Cual lamento de un órgano ?

Madrid, 15 Noviembre, 1908.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Por jardines ajenos

“El Patio de los Arrayanes”, “El Mirador de Lindaraxa”, “El Libro de Job”, y “Zarza Florida” (novela), por Francisco Villalpessa.

He leído en el alma de un gran poeta y he comprendido nuevamente la eficacia de la sensibilidad en el arte. Porque yo concibo á un artista, susceptible y sutil; más inclinado á escudriñar todo que á cubrirlo con el manto de la indiferencia; enamorado eterno de sus alegrías y de sus tristezas—caudales de inspiración—que, siendo de la humanidad, él las hace suyas y las exalta y glorifica.

Y así concibo á Francisco Villalpessa, el más emotivo y exaltador de nuestros poetas contemporáneos á pesar de la opinión de Darío. (1)

Como no es mi afán repetir aquí los conceptos por mí emitidos sobre el poeta con motivo de su obra anterior TRISTITIAE RERUM, os diré mis impresiones acerca de sus últimos libros que he leído con grato recogimiento y fruición de sibarita.

EL PATIO DE LOS ARRAYANES no es un libro todo triste, todo desolador como LA TRISTEZA DE LAS COSAS. Parece haber sido escrito bajo la influencia de un optimismo transitorio poco común en el poeta cuya alma sentimental emite siempre un sonido que se nos antoja el eco de un largo sollozo ó un suspiro de añoranza, inacabable y conmovedor. Trae á manera de pórtico un bellissimo *Autorretrato*, un soneto cuyos alejandrinos mórbidos como el terciopelo desgranarse claramente y dicen la fórmula estética de su autor.

Oaristos es todo un poema fresco y desnudo que canta los hechizos de la carne con un encanto madrigalesco; el pensamiento erótico que lo anima no está encubierto con ese velo de hipocresía ó de recato que otros escritores tienden sobre sus creaciones amortiguando la belleza del conjunto ó sacrificándola, inexorables, á una ética falsa que ya no es. Quince sonetos como quince maravillosos bajos relieves componen dicho poema, ó más bien, dicha loa al amor humano en la cual una teoría de mujeres de distinto temperamento—las hay serenas y apasionadas—va dejando, como soplos de vida, ya el reflejo de un gesto felino; ya la estela de una mirada incitante, conquistadora de orgullos; ó bien, la gracia de un movimiento instintivo de pudor. Casi todos esos sonetos en los que el endecasílabo adquiere absoluta flexibilidad y un nuevo y múltiple ritmo, representan además bellos paisajes de la campiña castellana, ante los cuales se ha extasiado el poeta en los tranquilos amaneceres primaverales y á la caída de la tarde. *Oaristos* consagra á Villalpessa como un supremo acuarelista que poemiza la naturaleza haciendo surgir en ella, triunfante por sus atributos, á la mujer que refleja su retina y sueña su corazón.

¡Qué pléyora gallarda de imágenes y de galanos decires rebosan *Romances* y *Canciones de niños*! Pláceme principalmente entre estas últimas, por el encanto infantil que tan ingenuas las hace, «Caperucita» y «El anillo de la reina». Oíd aquélla:

—Caperucita, la más pequeña
De mis amigas, ¿en dónde está?
Al viejo bosque se fué por leña,
Por leña seca para amasar,

(1) «Opiniones».

—Caperucita, di, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?
Tras ella todos al bosque han ido,
Pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niños, ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó á la casa?
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

¿Caperucita no regresó?
—Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

¡Qué deliciosa! ¿Verdad?

Baladas son siete composiciones saturadas de un dulce y sano sentimentalismo. El peregrino que se aleja lleva consigo la alegría de la virgen que ha logrado cautivar. Y en boca de ésta las baladas melodizan. Esas composiciones, así como los *Romances*, son de una armonía tan pura y tienen giros tan versátiles y caprichosos que superan á los grandes romances castellanos empleados como modelos por tantas generaciones literarias. Eso prueba que el triunfo es hoy de los innovadores que concurren eficazmente al enriquecimiento del léxico depurándolo y dotándolo de nuevas voces.

Voces Perdidas y Rimas del Amor y de la Soledad son dos series de distinta índole que contribuyen al estudio de la psiquis del poeta. En la primera serie, llena de ricos matices y de armonía pictórica que llega al *summun* en ese lienzo admirable que es «En la vitela de un abanico», su autor muéstrase á las veces un experto objetivista consciente de la obra que ejecuta; el subjetivismo de la segunda nos habla de un hombre austero aislado en el silencio, que canta sus reminiscencias poniendo en sus canciones el fuego de su corazón y la bruma de su espíritu.

Bajo el título *Recordando* figuran cuatro sonetos que son otras tantas evocaciones de lejanas cosas adorables. Hay cierta afinidad de sentimientos entre ellos y las magníficas asonancias de *Rimas del Amor y de la Soledad*.

Y termina el libro con otro soneto: *En el Harem*, comparable por su ritmo y suavidad al que osténtase en el pórtico como un haz fragante de regios alejandrinos.

Deténgome en EL MIRADOR DE LINDARAXA y aspiro el perfume de los jardines de la Alhambra. Mi admiración por el poeta va *in crescendo* á medida que exploro la selva virgen de sus creaciones estupendas. EL MIRADOR DE LINDARAXA es un cofre de encantadoras visiones donde las almas soñadoras agotarán la fuente de sus deseos contemplativos. Allí triunfa el paisajista. Villaespesa es el Gainsborough de la poesía hispana. Tiene, como el ilustre pintor inglés, un gran amor al detalle (leed *La Tristeza del Sol y Los Jardines Trágicos*) pero lo supera en cuanto al efecto del colorido.

¡Qué paleta de maravilla! ¡Qué prodigalidad y qué vigor descriptivos en este poeta enamorado de las cosas de la naturaleza á cuyo contacto vive acariciando su ideal estético! ¡Qué precisión en el relato de sus impresiones agobiadas de suave tristeza!

Las estrofas de este extraño portalira que desvanécese en metáforas radiantes de originalidad concluyen siempre iluminadas como por un relámpago de ideas. Esa otra forma vaga é impresionista de cerrar las oraciones excluyendo el pensamiento, que no carece tampoco de exquisito buen gusto, jamás ha sido ensayada por él. He ahí por qué sus concepciones dejan en nuestra mente, como un recuerdo indeleble, algo del pensamiento fundamental que solivianta su espíritu melancólico.

Paisajes forman un pequeño cuadrilátero donde convergen los rayos del sol del estío. Son rápidas impresiones tomadas al vuelo, en la hora bochornosa de la siesta, cuando todo demuestra cansancio y desfallecimiento. Su colorido es intenso.

Elegantes como aquéllos, aunque más sobrios y evocativos, son los *Romances Moriscos* en que palpita el corazón de la Leyenda al unísono con la musa del poeta, tan dada á cantar las glorias del pasado.

Las Elegías de Granada discurren pausadamente trayéndonos reminiscencias de aquel reino suntuoso cuya magnificencia ha sido en todos los tiempos una fuente inagotable de inspiración en la que los poetas han calmado su sed espiritual. Consagradas á ensalzar la riqueza de las vegas y los cármenes granadinos; el lenguaje misterioso de sus fuentes y la belleza de la región más poética y artística de Andalucía, esas canciones tiernas y aterciopeladas reflejan exactamente uno de los tantos febriles estados de alma frecuentes en el cantor emotivo que contempla su interior y dice lo que hay en él con suma gracia é ingenuidad. Allí vemos desfilar como en extraño caleidoscopio á los Gomeles y Abencerrajes de porte gallardo; nos extasiamos ante los altos minaretes y creemos oír el pregón del almuédano que convoca á los fieles; vemos tras la reja de los ajimeces á las Zaidas y las Moraimas, morenas y ardientes; contemplamos con deleite las márgenes del Genil pobladas de olorosas huertas y hasta parecemos asistir al bullicio de la zambra donde las guzlas interpretan el sentimiento de los moros.

Esas gratísimas evocaciones que nos remontan á una época de conquistas y hazañas heroicas, las hace Villaspesa añorando íntimamente el alma pintoresca de aquel reino arrebatado á los moros y de cuyo poderío—como dice una estrofa—*ya no resta nada*.

Hacia Damasco intitúlase la última poesía. Sonoros y audaces esos versos van en peregrinaje hacia aquella opulenta ciudad donde serán recibidos por la Gloria. El optimismo también ha echado sus flores en esas últimas rimas graves y serenas como un proloquio y ha cerrado sentenciosamente *EL MIRADOR DE LINDARAXA*.

Pero el artista no es dueño de sí mismo; su energía y su calma aparente son pasajeras como todas sus manifestaciones interiores. He ahí por qué en *EL LIBRO DE JOB* que es un breviario de trenos, solloza, ensangrentado, el corazón del poeta. Allí no hay una sola nota de tranquilidad y de reposo. Como en *TRISTITIAE RERUM*, aunque con más intensidad, el pájaro de las lamentaciones agítase sobre sus páginas en dolorosos revuelos hasta desahogarse en llanto. Y cada uno de sus lamentos es una noble idea ó una verdad que purifica las almas.

¿Queréis más nobles conceptos que los que encierra *Ego Sum*, ese fragmento de auto-psicología, severo como una tesis?

No os cito otras composiciones por no citaros el libro entero, tal es, de su savia, el vigor trascendental.

Yo soy parco en transcripciones. Sin embargo, quiero que gustéis conmigo las delicias de otro soneto: el X de *Sinceridades*. Dice así:

*En estas largas noches de vigilia,
Sólo con mi dolor siente mi hastío
Nostalgias de un hogar, de una familia,
De un corazón que fuese todo mío.*

*Con tal fuerza este anhelo me traspasa,
Que hasta mi orgullo de poeta diera
Por tener el refugio de una casa
Y en ella un corazón que me quisiera.*

*Tener un hijo que me diese aliento,
Que fuese como un prolongamiento
De mi sér, y pasar la vida entera*

*Con él á solas, dedicado al cuido
De su alma y su razón, para que fuera
Lo que yo soñé ser y nunca he sido.*

Tal es de hermosa y humana la aspiración de este Job sensitivo que ha dado tan altas notas en el estrado de la actual lírica española.

El dolor que humaniza y da fortaleza al hombre se enseñorea en esas páginas descarnadas que otros, por un prurito de vanidad, no hubieran escrito así, escrutando su conciencia y erigiéndose en jueces de sí mismos. Por eso *EL LIBRO DE JOB* de cuya estructura nada diré para no incurrir en las torpezas de los gramáticos que todo lo juzgan supeditándolo á la técnica—pues nada saben de las sutilidades íntimas de nuestro ser—es hondo y es sincero y es fuerte cual lo sería el libro de horas de un luchador, lleno sí de lágrimas y de amargas observaciones, pero exento de falsos plañidos, simulados con el afán de apa-
rentar un exquisito temperamento de artista.

Os he hablado de Villaespesa, el dilecto poeta, y ahora os diré del elegante prosador que ha concebido *ZARZA FLORIDA*.

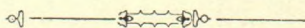
Esa novela—como *DIONYSOS*, la magnífica obra de Pedro César Dominici—tiene un motivo excelente: costumbres de la antigua Grecia. Yo veo en ella, invariable, al orfebre del verso, que cincela con solicitud la frase y pone en cada período el encanto de un ritmo distinto y la maravilla de una nueva forma. El narrador es conciso y me seduce; ha arraigado en él ese odio á lo superfluo que oscurece lo esencial y hace del estilo un caos. Por eso mantiene emocionado al lector hasta el desarrollo de sus relatos y de sus descripciones.

ZARZA FLORIDA es una obra de arte; no es un estudio de las pasiones. Por la belleza y verdad de sus escenas puede parangonarse con las mejores novelas de su índole, escritas en castellano.

El alma humana, esa selva tan dilatada y sombría que tantos exploradores han atravesado con más ó menos felicidad, parece no enredar á Villaespesa en la maraña de su fondo incognoscible. A él no le atraen los misterios de la psiquis que hablan é inducen á otros temperamentos con voces de sirena, ni tampoco el enigma social que abordan con eficacia los hombres de acción, letrados, y los soñadores revolucionarios. Esos temas, que casi siempre reflejan la modalidad del escritor y no su espíritu; sus manifestaciones exteriores y no su personalidad moral, no están vedados al talento de este poeta grandilocuente que, no obstante estar bien orientado y disciplinado, no ha querido ensayarlos todavía, acaso porque su numen ama traducir las emociones propias sin reparar en las ajenas. No quiero negar con esto facultades de psicólogo á Francisco Villaespesa; las tiene y bien vigorosas, pero no las dedica de lleno á la labor literaria, no extrae de ellas el motivo de sus libros. Todas las grandes virtudes del novelador que observa la vida y la canta en páginas ricas de vitalidad aparecen ya en su novela y tienden á demostrarse por completo en su labor ulterior.

Las cosas griegas que se estremecen en ella, perfumadas por el recuerdo; los divinos mirajes que nos ofrecen sus cláusulas descriptivas ornamentadas de oro, y los gestos é inclinaciones de sus personajes: *Lais* y *Dionysos*, pintados con altura, dan á *ZARZA FLORIDA* el seductor encanto de una rima de *Anacreonte* y de un bajo relieve de *Fidias*.

PEREZ Y CURIS.





JUAN SERRANO

Fata-Morgana

Para Apolo.

Te presiento, El fin de la jornada
se acerca. En mi dulce quimera
te sueño. Llegarás como un hada
á ofrendarme tus gracias. Espera,

solloza una esperanza. La amada
está pronto á venir. Lisonjera
deshojará en tu vida desolada
piadosas flores... La postrera

lágrima vierte. Torna los ojos
al amor, La errante visionaria
llegará con el alba, Más abrojos

no habrá en tu senda, A la armonía
del plectro suceda la plegaria
del beso, Y olvida tu melancolía,

JUAN SERRANO,

Caracas.

Pues no faltaba más!

Para Apolo.

A la Polola.

Tuñín, el popular peluquero del barrio, pesa ya sobre la paciencia de su clientela con el orgullo que le inspira ver colocada en la puerta de su domicilio una chapa, en la cual se indica que su mujer es partera. Y no es para menos. Después de haberse sacrificado unos años para que ella cursara estudios, se hallaba en visperas de abandonar su oficio perro — como le decía — para

llevar una vida de tranquilidad y descanso á expensas de sus grandes privaciones, convertidas en un tesoro de dinero con el término de la carrera de su mujer.

Doña Martina, mujer de una rusticidad común entre las clases bajas de la sociedad gastaba una pose de matrona con resultados ridículos. Tuvo el poder de convencer á su marido que su talento podría hacerlos felices, de

cuyo convencimiento resultó el estudio de partera. Pero doña Martina era una mujer incitante, redonda, de presencia provocativa.

Los médicos que componían el primer jurado ante el cual rindió examen, á pesar de sus brutalidades, de su ignorancia y falta de preparación, le concedieron una nota sobresaliente, y ella se halló dichosa de verse entre sus brazos, acariciada por sus protectores. Y con el pretexto del servicio nocturno en el hospital, acompañaba al lecho á los médicos amigos. Tuñín, orgulloso del éxito, solía cortar la cara de algún cliente, cuando no le dejaba á medio afeitar, lo cual contribuyó á que en poco tiempo quedara sin clientela. Su mujer, pedíale que continuara trabajando, en tanto ella se formara una relación, y él, alentado por esa esperanza, seguía en su puesto de peluquero.

Una tarde, cansado de hacer nada, cerró la peluquería retirándose á su casa.

Alegre como una pascua, pensaba en la sorpresa que daría á su mujer. Entró derecho al comedor, pero nadie había en él. Abrió la puerta del dormitorio y hallóla recostada en un sofá con un hombre joven, de presencia aristocrática. Con un gesto de hombre comedido dió la espalda y salió á dar una vuelta por el vecindario. Cuando supuso concluida la entrevista volvió á su casa, donde su mujer, furiosa, le esperaba.

— Pero mujer, qué quieres, eso á mí no me gusta.

— Asqueroso! Que no te suceda otra vez. Ni las consultas con los médicos se van á poder celebrar ahora! Pues no faltaba más!

— Bueno, bueno... no me gusta eso, te digo que no me gusta...

— Pero cómo? Me vas á obligar á que deje morir una clientela por no consultar á un médico? Pues no faltaba más!

— Sí, si! Para consultar á un médico es necesario quedarse en camisa los dos... Puerca!

— Mentira! mientes!... El estaba vestido y yo... cómo iba á hacer para indicarle á qué altura llega la hinchazón en la enferma? Además, si tú no entiendes no debes meterte... Pues no faltaba más!

— Pues no faltaba más! sí, no faltaba más! Esa clase de indicaciones me parece más propio hacerlas con la enferma... No es nada el papel que me has hecho hacer!...

— Bueno, bueno, últimamente es mi profesión y cuando no te guste, ya sabes, ahí está la puerta...

— Mujer, mira, mujer...

— No hay nada que valga... Pues no faltaba más! Todavía que consiento en ser la esposa de un barbero... una doctora! Mire usted que voy á soportar estas tonterías...

— Me parece... Vale más callar...

— Es que si no callas te echo á la calle á empujones...

— Mejor es concluir, porque sino...

— Sí, vale más... Y ya sabes: no debes meterte en mis asuntos profesionales, cuando no te agrada... Pues no faltaba más!

Y el pobre Tuñín, ve desfilar todos los días, las cantidades de médicos que celebran consultas con su mujer, sin atreverse á formular la mínima objeción.

MARCOS FROMENT.

La visión de Fray Angélico

Para APOLO

Por la villa y por los campos cruza un aura bonancible,
vela el buho desde un hueco de la torre aquel solaz,
el convento duerme un sueño silencioso y apacible
y en las puertas misteriosas de las celdas, invisible,
el reposo de los frailes, guarda el ángel de la paz.

Fray Angélico despierta. En el curso de su sueño
ha tenido el dulce halago de una mística visión,
vió que el ángel que él trazara velozmente en un diseño
sobre un muro de la iglesia, se animaba y lo hacía dueño
de los mágicos tesoros de soberbia inspiración.

Se levanta y se desliza por los largos corredores,
atraviesa el amplio coro y desciende hasta el altar
junto al cual se halla la imagen diseñada, sin colores,
que á un impulso inexplicable sus pinceles poseedores
de miríficos secretos van genialmente á pintar.

El vislumbre mortecino de la lámpara votiva
baña al muro consabido con un lánguido fulgor
pero Angélico se alumbra de una llama interna y viva
que es la llama de la gloria, poderosa, inspirativa,
alentada por el fuego de su magno y sacro amor.

Sólo reina en el ambiente misterioso del santuario
el perfume del incienso y una calma sepulcral,
las imágenes se agravan en su aspecto silenciarío,
son los únicos testigos de aquel monje visionario
mientras crea aquella obra prodigiosa é inmortal.

Pasa el tiempo. Canta el gallo, la campana del convento
toca á vida, un horizonte luminoso anuncia al sol.
La capilla se despierta con el leve movimiento
que en el coro hacen los monjes que en cortejo soñoliento
se arrodillan ante el libro del caduco facistol.

A su sitio Fray Angélico aun no acude. ¿Qué ha pasado?
Se pregunta sorprendida toda la comunidad.
Cuando vuelve de buscarlo dice el prior que lo ha encontrado
allá abajo, en la capilla, de rodillas, extasiado
ante su obra, maravilla de sublime realidad.

Todos bajan y aun lo encuentran embebido en el ensueño
que le causa el ver de nuevo su beatífica visión
en que el ángel que él trazara velozmente en un diseño
sobre un muro de la iglesia, tomó vida y lo hizo dueño
de los mágicos tesoros de sublime inspiración.

YLLA MORENO.



ANATOLE FRANCE

Geórgicas

La vieja tenía siete nietas mozas, y las siete juntó en su casa para espadar el lino. Lo espadaron en pocos días, sentadas al sol en la era, cantando alegremente. Después se volvieron á casa de sus padres, y la vieja quedó sola con su gata, hilando copo tras copo y devanando en el sarillo las madejas. Como á todas las abuelas campesinas, le gustaban las telas de lino casero y las guardaba avariciosa en los arcones de nogal con las manzanas tabardillas y los membrillos olorosos. La vieja, después de hilar todo el invierno, juntó doce grandes madejas, y pensó

hacer con ellas una sola tela, tan rica cual no tenía otra.

Compuesta como una moza que va de romería, sale una mañana de su casa: lleva puesto el dengue de grana, la cofia rizada y el mantelo de paño sedán. Dora los campos la mañana, y la vieja camina por una vereda húmeda, olorosa y rústica, como vereda de sementeras y de vendimias. Por el fondo verde de las eras cruza una zagala pecosa y asoleada con su vaca bermeja del ronzal. Camina hacia la villa, adonde va todos los amaneceres para vender la leche que ordeña ante las puertas. La vieja se acer

ca á la orilla del camino, y llamando voces :

— ¡ Eh, moza ! ... ¡ Tú, rapaza de Cela ! ... La moza tira del ronzal á su vaca y se detiene :

— ¿ Qué mandaba ?

— Escucha una fabla ...

Mediaba larga distancia y esforzaban la voz, dándole esa pauta lenta y sostenida que tienen los cantos de la montaña. La vieja descende algunos pasos, pregonando esta prosa :

— ¡ Mía fe, no hacía cuenta de hallarte en el camino ! Cabalmente voy adonde tu abuelo ... ¿ No eres tú nieta del Texelán de Cela ?

— Sí, señora.

Ya me lo parecías, pero como me va faltando la vista ...

— A mí por la vaca se me conoce de bien lejos.

— Vaya, que la tienes reluciente como un sol. ¡ San Clodio te la guarde !

— ¡ Amén !

— ¿ Tu abuelo demora en Cela ?

— Demora en el molino, cabo de mi madre.

— Como mañana es la feria de Brandeso, estaba dudosa. Muy bien pudiera haber salido.

— Tomara el poder salir fuera de nuestro quintero.

— ¿ Está enfermo ?

— Está muy acabado. Los años y los trabajos, que son muchos.

— ¡ Malpocado !

— ¡ Quede muy dichosa !

— ¡ El Señor te acompañe !

En la orilla del río algunos aldeanos esperan la barca sentados sobre la hierba, á la sombra de los verdes y retorcidos mimbrales. La vieja busca sitio en el corso. Un ciego mendicante y ladino, que arrastra luenga capa y cubre su cabeza con parda y puntiaguda montera, refiere his-

torias de divertimento á las mozas, sentadas en torno suyo. Aquel viejo prosero tiene un grave perfil monástico, pero el pico de su montera parda y su boca rasurada y aldeana, semejante á una gran sandía abierta, guarda todavía más malicia que sus decires, esos añejos decires de los jocundos arciprestes aficionadas al vino y á las vaquerías, y á rimar las coplas. Las aldeanas se alborozan, y el ciego sonríe como un fauno viejo entre sus ninfas. Al oír los pasos de la vieja, interroga vagamente :

— ¿ Quién es ?

La vieja se vuelve festerá :

— Una buena moza.

El ciego sonríe ladino :

— Para el señor abade.

— Para dormir contigo. El señor abade ya está muy acabado.

El ciego pone una atención sagaz, procurando reconocer la voz. La vieja se deja caer á su lado sobre la hierba, suspirando con fatiga :

— ¡ Asús ! ¡ Cómo están esos caminos !

Un aldeano interroga :

— ¿ Va para la feria de Brandeso ?

— Voy más cerca ...

Otro aldeano se lamenta :

— ¡ Válanos Dios, si esta feria es como la pasada ! ...

Una vieja murmura :

— Yo entonces vendí la vaca.

— Yo también vendí, pero fué perdiendo ...

— ¿ Mucho dinero ?

— Una amarilla redonda.

— ¡ Fué dinero, mi hijo ! ¡ Válate San Pedro !

Otro aldeano advierte :

— Entonces estaba un tiempo de aguas, y agora está un tiempo de regalía.

Algunas voces murmuran :

— ¡Verdade!... ¡Verdade!...

Sucedie un largo silencio, y el ciego alarga el brazo hacia el lado de la vieja, y queriendo alcanzarla vuelve á interrogar:

¿Quién es?

— Ya te dije que una buena moza.

Y yo te dije que fueses adonde el señor abade.

Déjame reposar primero.

— Vas á perder los colores.

Los aldeanos se alborozan de nuevo. El ciego permanece atento y malicioso, gustando el rumor de las risas como los ecos de un culto, con los ojos abiertos, inmóviles, semejantes á un dios primitivo, aldeano y jovial. La vieja sigue su camino. Busca la sombra de los valladores y desdén el ladrido de los perros que asoman la cabeza erguida, arregañados los dientes. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos que parecen de plata antigua, sonríe un molino. La vieja salmodia en la cancela:

— ¡Santos y buenos días!

Un viejo que está sentado al sol responde desde el fondo de la era:

— ¡Santos y buenos no los dé Dios!

Y se levanta para franquear la

cancela. La vieja entra murmurando:

— Aquí te traigó doce madejas de lino como doce soles!

El viejo inclina la cabeza con abatimiento:

— Un año hace que no cojo en mis manos la lanzadera... El telar no me daba para comer, y he tenido que venirme al arri-mo de mi hija...

La vieja suplica en voz baja:

— ¿Por un favor no me teje-rás estas doce madejas?

El viejo la contempla pesa-roso:

Créeme que lo haría, pero los nietos hanme estragado el te-lar. ¡Juegan con él!

— ¿Cómo los has dejado?

— De nada me servía. ¡Ya no hay en estas aldeas manos que hilen!

La vieja le muestra sus manos arrugadas y temblonas:

— ¡Y éstas!... Di que no hay manos que tejan.

Se miran fijamente: Los dos tienen lágrimas en los ojos y guardan silencio, escuchando el canilleo del telar y las voces de los niños que juegan con él, des-trozándolo.

RAMÓN DEL VALLE—INCLAN

EN LA ALCOBA

Para APOLO.

Majestuosa cual Venus Afrodita,
en un derroche de ideal belleza,
reclinando en la almohada la cabeza,
la blanca virgen en su amor medita.

Y así pensando en la soñada cita
que ha de agostar la flor de su pureza,
vaga en sus verdes ojos la tristeza
que desveló á la pobre Margarita.

Con displicente mano desanuda
la roja cinta del corset pequeño;
y cuando ya, por fin, semi-desnuda,
evoca las caricias de su dueño,
se entrega toda, febriciente y muda,
á los brazos lascivos de un ensueño...

JOSÉ VIANA.



Del "Breviario epicúreo"

Vivamos

Para APOLO.

Cenobitas austeros, de rústicos sayales,
nos hablaron ha tiempo de una falsa virtud;
nos hablaron de dichas y goces celestiales,
de humildad, de castigo, de oración, de quietud....!

Defendamos ¡oh hermanos! nuestras vidas triunfales
vivámoslas alegres en plena excelsitud,
cuidando no destrocen esas tristes morales,
el jardín florecido de nuestra juventud.

Riamos dulcemente de las santas leyendas...
Hagamos nuestras vidas en pos de nuestras seadas
amables como un cuento del divino Perrault.

¿Para qué la tristeza, el dolor, la amargura?
riamos, con las bocas repletas de frescura,
y con las flores bellas, y con el rubio Sol!

¡Jóvenes!

Jóvenes todos plenos de vida y de esperanza,
de mejillas sangrientas y brazos musculosos;
jóvenes que ensoñáis vuestros sueños hermosos,
amad el vino bueno, la mujer y la danza!

Los burgueses heredan sin duda á Sancho Panza:
la bolsa y el abdomen, ¡oh problemas gloriosos!;
los viejos nos predicán su moral propia de osos.
Estorban; ¡para todos nuestro desprecio alcanza!

Epicuro es un buen joven que ama la vida;
tiene en la frente arrugas, la barba encanecida
pero siempre es alegre, sensual y decidor.

Hay siete cosas, jóvenes, divinamente bellas:
las flores, las mujeres, las aves, las estrellas,
los cielos, el buen vino, ¡y ante todo el amor!

ALBERTO LASPLACES.

Poetas nuevos

El Sueño del Claustro

Para APOLO.

Todo duerme en silencio: los santos y las cosas.
El coro está callado—se ve una letanía
sobre el atril del piano, donde una blanca y fría
lágrima de las ceras, dejó manchas borrosas.

Con blancas espirales y en formas caprichosas,
sube el incienso y besa la antigua orfebrería
de las cornisas de oro; y á la virgen María
la esfuma con sus finas transparencias sedosas.

Con sus sonrisas leves y diáfanas, penetra
con ritmos y cadencias la luz por los cristales;
envuelve la capilla con mágicos cendales

de blondos terciopelos—y mientras su breviario
un monje, gravemente, recita letra á letra,
nos habla de recuerdos la voz del campanario ...

JULIO J. CASAL.

Doliente

Para APOLO.

Se oye un eco de agonía
En el espacio desierto
Y una triste letanía
Llama á rezar con porfía
La oración de los que han muerto.

Y qué amargos pensamientos
Estremecen al zagal,
Cuando escucha por momentos
Los fantásticos acentos
Del lejano funeral...

Ya no vive la pastora
Que alegraba la campiña,
Ya no vive y todo llora,

Todo gime y todo implora
Por el alma de la niña.

No alzan las aves su vuelo
Y ni ya muge el ganado,
Viste el paisaje de duelo
Y en la tierra y en el cielo
Parece todo asolado.

Qué silencio! Qué tristeza
En la comarca desierta!
Y cuando el rumor empieza
Parece que el Mundo reza
Por el alma de la muerta!

RICARDO PASEYRO.

¿Recuerdas?

Para APOLO.

Era en el cariñoso silencio de nuestra casa. Por la ventana abierta entraba el aliento tibio de la noche, haciendo ondular suavemente el borde rizado de la pantalla color de rosa. La luz familiar de la vieja lámpara acariciaba nuestras frentes, llenas de paz, inclinadas á la mesa de trabajo. Tú leías, y escribía yo. De cuando en cuando nuestros ojos se levantaban y se sonreían á un tiempo. Tu mano posada como una pequeña paloma inquieta sobre mí, aseguraba que me querías siempre, minuto por minuto. Y las ideas venían alegremente á mi cerebro rejuvenecido. Venían semejantes á un ancho río claro, nacido para aliviar la sed dolorosa de los hombres.

Las horas pasaron, y un vago cansancio bajó á la tierra. Cerraste el libro; mi pluma indecisa se detuvo. Concluía la jornada, y el sueño descendía sobre las cosas. Y el sueño era el reposo. No teniendo nada que soñar, deseábamos dormir, dormir y despertar con la aurora para seguir viviendo el ensueño real de nuestra vida. Y nos miramos largamente, y vimos la vida en el hueco sombrío de nuestras órbitas.

La veíamos y no la comprendíamos. Por estrecharla nos abrazamos. Nuestras bocas al interrogarla chocaron una con otra, y no se separaron. La dulzura de tu piel languideció mi sangre. Tu corazón empezó á latir más fuertemente. La vida se apoderaba de nosotros, estrujándonos con la voluptuosidad

de sus mil garras. Inmóviles á la orilla del abismo, saboreábamos de antemano la delicia mortal...

De pronto un objeto minúsculo cayó sobre el disco de delgado bronce que tus cabellos rozaban.

Era una mariposilla de oro. Quedó yerta un momento. Y con repentina furia comenzó á agitarse contra el metal. Sus alas pálidas vibraban tan rápidas que parecían un tenue copo de bruma suspendida. Su cabecita embestía el bronce y resbalaba por él, y la loca mariposa giró en giro interminable á lo largo del cóncavo y brillante surco. Una convulsión uniforme galvanizaba aquella molécula de polvo y de pasión. Su volar tetánico daba una continua y tristísima nota de violín enfermo. Hipnotizados por el leve y tenaz gemido, contemplamos la lucha del insecto contra su enemigo invisible.

¡Enemigo poderoso! La espiral frenética se contraía. Llegaba el paroxismo delirante. El vientrecillo arqueado se retorció, y en un espasmo cruel se desgarró por fin, brotando un racimo de fecundada simiente...

Y la tristísima nota seguía aún quejándose, chisporroteo eléctrico que acababa de abrasar las pobres alas pálidas. Y sentimos el enorme peso de la Naturaleza gravitar sobre el cuerpecillo moribundo, la formidable presión del destino escapar silbando á través de las débiles alas, como un huracán á través de una rendija imperceptible. Y el lamento cesó, y las alas se acostaron para siempre, asesinadas por la vida...

Y volvimos á ver la vida en el hueco sombrío de nuestras órbitas. La vimos enlazada con el amor y con la muerte. Temblan-

do de felicidad, nos desplomamos juntos en el lecho blanco...

RAFAEL BARRETT.



Teatro Urquiza

Soneto

Para APOLO.

Ella era toda una gloria del país de Francia,
una sublime virgen que soñara Rodin;
suave, gentil, graciosa, cual vaso de elegancia
y dulce como un verso del lírico Verlaine.

Sobre su erecto cuello, con ingente arrogancia
una cabeza bruna de Zaire de Voltaire;
era una flor extraña repleta de fragancia
ó era la misma musa que lo inspiró á Musset.

Cuando pasaba airosa por el salón brillante
altiva y con mirada de una manola amante,
lanzando en torno suyo mil nubes de rubor.

Entonces los cien nobles, cumplidos caballeros
volvían á ser esos temidos bandoleros
dispuestos á conquistas al reino del Amor.

Santa Fe.

Pío PANDOLFO.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

LA REPÚBLICA ROMANA, por Vargas Vila.—*Librería de Bouret*.—*París*.—Las páginas de la Historia son las más desconcertantes, las más traídas para el espíritu amante de la verdad. Obsesionado éste hasta el martirio, por las viejas lecturas de la adolescencia en las aulas universitarias ó en los pequeños cenáculos donde cada compañero dijera su predilección por ciertos historiadores clásicos, repasa, ya más sereno, después de algunos años de meditación y de estudio, aquellas páginas contradictorias y laberínticas, y deduce: la Historia, que es para algunos una pasión, para otros es un negocio.

¿Por qué aceptar, pues, espontáneamente, y sin ninguna observación, los discursos y comentarios de ciertos oradores de la antigüedad que no por llamarse maestros de la elocuencia dejaron de ser venales prostituyendo su alma en la más abyecta tiranía?

¡Porque la Historia se ha encargado de enmascarar á esos Janos!...

No. Estudiemos y analicemos para poder deducir propiamente y no por reflejo de aquéllos cuya idiosincrasia ignoramos. No nos apasionamos de un visaje cualquiera que la pluma de un escritor áulico haya pintado como un bello gesto.

Tal como ahora, en la era antigua hubo escritores que todo lo sacrificaron—hasta el cuerpo y la conciencia—por satisfacer á su amo. ¿Qué queréis? Habían nacido para ello y no quisieron libertarse porque su liberación habría sido su muerte, y prefirieron vivir, es decir: prefirieron la esclavitud.

En su libro *La República Romana*, Vargas Vila desarrolla un hondo estudio histórico con el ánimo de esclarecer ó de controvertir muchos datos difusos de la historia de aquel país. Los audaces conceptos allí vertidos os dirán del alma del pueblo romano, de sus panegiristas y de sus espoliadores.

¿Conocéis la Historia Romana escrita por Suetonio ó por Cicerón; por Salustio ó por Tito Livio? Leisteis, sin duda, las obras de aquéllos, y no os tomasteis el trabajo de analizarlas para llegar, de deducción en deducción, al limen de la verdad.

En el libro de Vargas Vila, el criterio amplio y vigoroso del soberbio sagitario se desenvuelve con un exceso tal de fuertes argumentaciones que hace palidecer nuestra idea sobre la historia, y, ora nos torna benévolos hacia aquellos personajes que

otras plumas intentaron escarnecer ó bien nos vuelve airados contra aquella turba de retóricos cuya única misión era justificar los crímenes de la tiranía que los amamantaba. Por eso, *La República Romana*, que es un libro de condenación y de reivindicación será leído con mucho júbilo por las almas libres que sienten sed de justicia y provocará la ira de los siervos del poder, para los cuales, todo gesto de libertad es una sonora bofetada que no pueden eludir.

En esta obra, como en Laureles Rosjos, Verbo de Admonición y de Combate y Los Césares de la Decadencia, el temperamento combativo y la garra de Vargas Vila aparecen en plena desnudez, desafiando la cólera de los infames liberticidas.—*Pérez y Curis*.

CLAROS DE ALMA, por Lino Argüello.—*León*—(Nicaragua).—Las poesías que contiene este pequeño volumen, son precursoras de una consagración. Su autor—un adolescente de muchos bríos y de exquisito espíritu—se revela poeta y creador, por lo emotivo de sus composiciones y por la originalidad que caracteriza á todas ellas. El triunfo le está destinado. ¡Adelante!.—*Pérez y Curis*.

FRENTE Á LA IGLESIA, por Gumersindo Ardanaz.—*Montevideo*.—He aquí que un alma y una conciencia, oprimidas por un bárbaro dogal se liberan un día y estallan de indignación ante su verdugo implacable y frío, y le acusan su crimen. He aquí que un espíritu encarcelado en las sombrías cavernas del dogma; un espectro que vagaba arrastrando cadenas por corredores claustrales, se yergue, luminosamente, un día, como un nuevo Phtos destrozando eslabones y peñascos, y recobra la gracia del sol y de la vida y se consagra á demoler la obra que fuera su dolor y su infortunio, y vindicar la vergüenza de todo su pasado.—He aquí que un buen día, Gumersindo Ardanaz, carmelita descalzo, comprendiendo la enormidad de su equivocación, abandona el traje talar de oscura capucha y con él todos los cánones y dogmas, todas las falsas ideas sobre fetiches inverosímiles y entra de lleno á la vida de la verdad y se convierte en un hombre de labor y de provecho para la Humanidad. Y, ya en plena luz irguió con orgullo su cabeza y respiró con todas sus ansias. Y, fué el fruto de todo esto, su libro «Frente á la Iglesia». Libro sano, de valientes tenden-

cias y de alta enseñanza, escrito admirablemente, acusando en él el temple de un vigoroso escritor. Hay en él mucha tristeza y muchos suspiros de dolor de un alma que a las veces, sufriendo enormemente tuviera todavía la visión del tormento, y otras, irrumpiendo con bríos y con entusiasmo, estalla, ora indignado, anatematizando a su enemigo, ora sonriendo con amarga ironía ante la estupenda farsa de 20 siglos.—Engallana las primeras páginas del libro, un conceptuoso prólogo de la distinguida y valiente escritora Belén Sárraga de Ferrero.—Llegue hasta el compañero, con un cordial abrazo, nuestro testimonio de admiración.

APÓSTOLES REBELDES, por Santos García Mallarini.—Montevideo.—Acusamos recibo de esta novela donde su autor demuestra un raro temperamento de exaltado luchador, que, con toda la audacia, el orgullo y el valor de su espíritu joven y fuerte, marcha hacia la conquista de otra humanidad más sana, de otro futuro más propicio para la realización de las grandes emancipaciones de las conciencias. La lectura de este libro se hace amable, por lo interesante de su argumento, por las concepciones filosóficas que encierra con buena lógica y serenidad y por la elegancia de su estilo que acu-

sa para el futuro á un novelista de alto valor y consagración.—Esperamos que García Mallarini nos brinde pronto otra obra de pensamiento y de lucha, como la que nos ocupa, pero más concisa y sobre todo, americana!

LA DISCIPLINA ESCOLAR Y LOS CASTIGOS CORPORALES, por Horacio Dura.—Montevideo.—Horacio Dura, distinguido educacionista, que hace honor al magisterio nacional, nos ha obsequiado con su folleto que es un estudio psicopedagógico, en el cual plantea y analiza con sobrias reflexiones y consideraciones reposadas la teoría de los castigos corporales como medida ó recurso de disciplina escolar, argumentando su estudio sobre la base ya discutida y afirmada por Guyau, Fitch, Herbart, Le Bon y otros grandes maestros de la psicología y pedagogía moderna.

Aunque existe cierta discrepancia entre su criterio y el nuestro en cuanto á esa su teoría (no es nuestra intención discutirla) no podemos menos de tributarle nuestras más efusivas felicitaciones por su obra de un conjunto brillante y sólido, que revela, además de un generoso esfuerzo, una intensa labor de larga meditación y estudio y un fino adiestramiento en el noble manejo de la pluma.—Ovidio Fernández Ríos.

Canje ordinario

ARPEGIOS.—México.—Los números 2 y 3 correspondientes al 2.º tomo de la revista nombrada nos han llegado recientemente, exornados de inmejorable material artístico y literario.—Agradecemos la reproducción del retrato de nuestro Director, así como los concepto elogiosos vertidos sobre su labor intelectual.

NEMESIS.—Paris.—Esta vibrante revista política de Vargas Vila aparece ahora quincenalmente, nutrida de un material escogido y vigoroso. Los últimos números recibidos en esta redacción son el 83, el 84 y el 85.—El Maes-

tro prosigue su lucha demoledora, entre la admiración de la juventud liberal de América y el odio de los tiranos.

ELITROS.—Maracaibo. (Venezuela).—Felicitamos al Director de esta revista señor C. Medina Chirinos, por la presentación del número 29 correspondiente á Enero.

Elitros se ha impuesto ya en el ambiente venezolano, gracias á los esfuerzos de su director que la guía con mucho acierto por el camino de la libertad.

Nuevo canje

PROSA Y VERSO.—Maracaibo (Venezuela).—Acusamos recibo de los números 1 y 2 de esta bella revista literaria.

CULTURA.—Guadalajara (México).—De esta lujosa revista ilustrada de arte y literatura, hemos recibido el número 2, repleto de excelentes materiales.

ELECTRA.—Guatemala.—Hermosísima revista de arte, ciencias y literatura. Trae selectas colaboraciones y bellas páginas en color que representan paisajes y edificios guatemaltecos. Nos han visitado los números 11 y 12.

MICROPOLIS.—Coro (Venezuela).—Recibimos el número 8 de esta revista mensual de arte y literatura, que diri-

ge el señor Edmundo Van der Biest.

JUVENTUD.—México.—Ha llegado á nuestra mesa de redacción el número 1 de esta revista de literatura y ciencias médicas.

THALIA.—Bogotá.—Semanario ilustrado de literatura y variedades. El número que tenemos á la vista viene engalanado con bellísimas publicaciones, entre las cuales son dignas de mención las de Alberto Sánchez y V. M. Londoño. En la galería de literatos aparece el retrato del primero, poeta de alto vuelo y galano prosador.

EL NUEVO TIEMPO LITERARIO.—Bogotá.—Hemos recibido el número, correspondiente al 3 de Enero del corriente año, de la revista nombrada que publica

el señor Ismael E. Arciniegas. Su material es bueno.

LA TORRE DE MARFIL.—*León. (Nicaragua).*—El aplaudido poeta Santiago Argüello nos ha enviado el número 2 de su hermosa revista de literatura y sociología. *La Torre de Marfil* aparece mensualmente y cuenta con la colaboración de reputados escritores de España y América. En el número citado figuran materiales de Amado Nervo, Francisco Villaespesa, Guillermo Valencia, Manuel Tijerino y de su director, además de los traducidos especialmente por su redacción.

REPERTORIO DEL DIARIO DEL SALVADOR.—*San Salvador.*—El número 73 de esta importante revista que dirige el distinguido escritor R. Mayorga Rivas trae plétora de excelentes colaboraciones y hermosos fotgrabados. Hemos visto, entre las firmas de renombre que consagran dicha revista, las de Leopoldo Díaz, Froilán Turcios, Francisco Gavidia, Manuel José Othón, R. Mayorga Rivas y otros literatos centro-americanos.

LA CÍTARA.—*Coro. (Venezuela).*—Nos ha visitado el número 19 de este pequeño periódico de ciencia, artes y literatura, que dirige la señorita Josefa Victoriana Biera. Su material no carece de interés.

ESFINGE.—*Managua. (Nicaragua).*—Revista mensual de arte, que empieza su vida ofreciendo un ameno y matizado texto. Son sus colaboradores: Santiago Argüello, Emiliano Hernández, Ruben Dario, Manuel Tijerino, Leopoldo Lugones, Lino Argüello, etc. etc.—La dirigen los señores Arcadio Chozo S. y Humberto Barahona.

CENTRO-AMERICA INTELECTUAL.—*San Salvador.*—El Centro Editorial Meléndez nos ha enviado los números 1 y 2, 2.ª época, de esta interesantísima revista

científico-literaria, que redactan los señores Juan Delgado Prieto, Patrocinio Guzmán Trigueros y Adán Robledo Peña. Su contenido es merecedor de los más altos elogios.

COSMOS.—*León. (Nicaragua).*—Acusamos recibo de los números 6 y 7 de esta minúscula publicación de literatura y artes. Son sus directores los escritores J. D. Vanegas y Liberato Briónes Mejía.

REVISTA CONTEMPORANEA.—*Monterrey. (México).*—Interesante publicación de Ciencias, Arte, Poesía, Teatro, Novela, Historia y Crítica, que aparece bajo la dirección del licenciado Virgilio Garza. El sumario del número 2 que tenemos sobre nuestra mesa de trabajo reúne firmas de indiscutible valor cual las de V. M. Londoño, Manuel Pichardo, Ricardo Arenales, Eugenio de Castro, etc.

ATHINAE.—*Buenos Aires.*—Digno de aplausos es el acierto del Centro Estudiantes de Bellas Artes al dar á la estampa una revista tan ricamente impresa y llena de buenas composiciones. El número 6 está ornada de artísticos fotgrabados.

EL ESPÍRITU NUEVO.—*Montevideo.*—Se han puesto en circulación los números 2 y 3 correspondiente á Enero y Febrero. Son dignas de citarse las composiciones de Emilio Frugoni, Rafael Barret, Florencio Sánchez y Camille Maclair.

O LIVRE PENSADOR.—*San Pablo. (Brasil).*—Acusamos recibo de los números 196 y 197 de este órgano racionalista que dirige el señor Everardo Dias. Su material de propaganda ha sido bien seleccionado.

Retribuiremos el canje con que nos obsequiaron las revistas indicadas.

Nuevos libros recibidos

FUEGO Y TINIEBLAS, por Claudio de Alas (Santiago de Chile)
LIBRO DE LAS VICTORIAS, por Isaac Muñoz (Madrid); LOS FRAGMENTARIOS, por Pedro Sonderéguer (Buenos Aires).

En el próximo número nos ocuparemos de esos libros, recibidos cuando éste estaba pronto á entrar en máquina.

Breviario epistolar

ALBERTO SANCHEZ.—*Bogotá.* — Recibi carta y colaboraciones. Va algo en este número.

SANTIAGO ARGUELLO.—*León. (Nicaragua).*— Gracias por el envío de *La Torre de Marfil*. Agradézcole también el que me haya incluido en la lista de colaboradores, y prometo enviarle algo.

FRANCISCO VILLAESPESA.—*Madrid.*—Va mi libro «Alma de Idilio» por este mismo correo. Ruégole me envíe los diarios y revistas de Madrid que se ocupen de él.

MORENO ALBA.—*Barranquilla de Colombia.*—¿Y su libro? No lo he recibido aún.

PÉREZ Y CURIS.

De mi correspondencia

ROSENDO VILLALOBOS.—*La Paz*. (Bolivia).—Recibí su libro «Hacia el Olvido». Agradezco el obsequio y retribuyo el saludo.

MIGUEL LUIS ROCUANT.—*Santiago de Chile*.—Recibí el artículo de «La Prensa» y carta. Gracias.

DR. ALFREDO L. PALACIOS.—*Buenos Aires*.—En mi poder su libro «Último año parlamentario» y carta. Muy agradecido.

LUIS BONAPARTE.—*Santa Fé*.—Acuso recibo de sus libros «Feminismo» «La Biblia», «Relapsos» y «Sintéticas». Con mi agradecimiento, mis sinceras felicitaciones.

E. GOMEZ CARRILLO.—*Paris*.—Recibí su carta y *Vanidad de vanidades*. Mil gracias por todo. Escribiré.

DR. JUAN JULIÁN LASTRA.—*Buenos Aires*.—En mi poder su amable carta. ¿Recibió las revistas?

ANTONIO DE TOMASO.—*Buenos Aires*.—Recibí carta y sus 3 libros. Gracias por todo.

LUIS ROBERTO BOZA.—*Santiago de*

Chile.—En mi poder su atenta; agradezco sus elevados conceptos.

DR. G. MARTINEZ ZUVIRIA.—*Santa Fé*.—Gracias por su cariñosa carta. No olvide lo prometido.

MANUEL UGARTE.—*Paris*.—¿Recibió libros y carta?

DR. RAUL VILLARROEL.—*Santa Fé*.—Acuso recibo de su libro: «Las dos tendencias» y «Reflexiones». Muchísimas gracias.

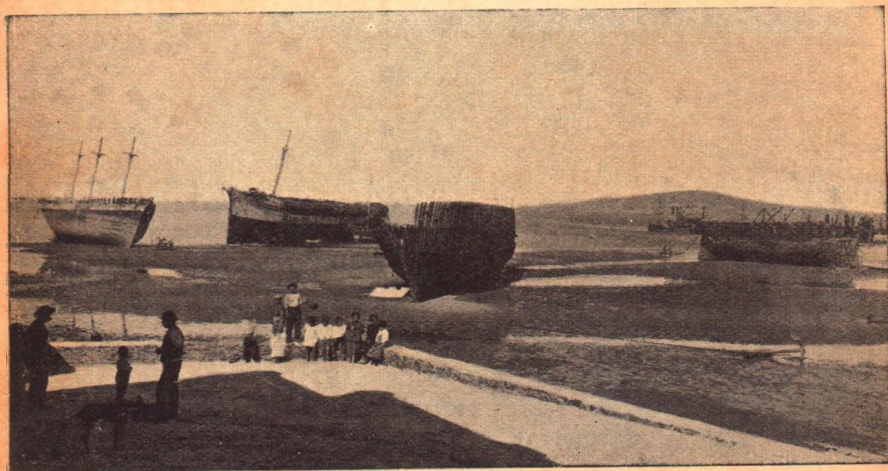
ABELARDO GAMARRA.—*Lima*.—Recibí «Integridad». Gracias por sus valiosas palabras.

E. CHÁPULLI ANSO.—*Buenos Aires*.—¿Recibió las revistas? Escribame.

ROMEO E. BONAZZOLA.—*Santa Fé*.—Todavía espero carta. Saludos a De la Hoz, Pandolfo y Crespo. Envíeme su dirección.

M. G. BLANCO.—*Buenos Aires*.—Recibí artículo. ¿En qué diario se publicó? El libro de Pérez y Curis aparecerá próximamente. Le enviaré como me pide «Heliotropos» y «Canto a la Si-reneta».

OVIDIO FERNANDEZ RIOS.



PLAYA CAPURRO

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

| | | | |
|----------------------------|-------------|------------|---------------|
| Traje de saco | de \$ 10.00 | á \$ 22.00 | |
| Jacquet | » » 22.00 | » » 28.00 | forro de seda |
| Smoking | » » 18.00 | » » 28.00 | » » » |
| Levita. | » » 30.00 | » » 40.00 | » » » |
| Frac | » » 30.00 | » » 40.00 | » » » |
| Sobretodos | » » 12.00 | » » 22.00 | » » » |
| Pantalones | » » 2.00 | » » 7.00 | |
| Chalecos fantasía. | » » 1.00 | » » 5.00 | |

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

APOLLO

- Revista de Arte y Sociología -

Única de su índole

en el Uruguay

\$ 0.15 EL EJEMPLAR

Administración: Cerrito, 375

Fotografía "El Sol"

AVENIDA 18 DE JULIO, 540

Entre Médanos y Vázquez

Todos los trabajos se hacen con
prolidad y puntualmente, ceñi-
dos á los últimos adelantos mo-
dernos y no alterando por eso la
modicidad de sus precios.

MONTEVIDEO

OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

Ovidio Fernández Ríos

Por los Jardines del Alma

(Poesías)

0.50 el ejemplar

Pérez y Curis

Rosa ígnea

(Cuentos) 2.^a edición

0.25 el ejemplar

Santos García Mallarini

Apóstoles Rebeldes

0.30 el ejemplar

Guía

Qvo Vadis?

0.10 el ejemplar

M. Medina Betancort

Cuentos al Corazón

0.40 el ejemplar

Pérez y Curis

Heliotropos

0.50 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

Ismael Cortinas

El Credo

0.25 el ejemplar

PÉREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo: 0.50 el ejemplar